

# ¿FASCISMO EN ESTADOS UNIDOS?

Por Armando AYALA ANGUIANO

I

## LOS BÁRBAROS DEL SUR

**F**IN DE LA II Guerra Mundial: Las tropas norteamericanas hacen su entrada triunfal en las ciudades liberadas del yugo nazi. Los vecinos lloran de alegría y envuelven a los héroes en una lluvia de flores y confetti. Las mujeres besan a los vigorosos, gallardos soldados del Tío Sam.

Medio mundo estaba en ruinas; sólo la patria de Washington lucía más fuerte que nunca. ¿Habría existido, en el transcurso de la historia, un país más rico, más poderoso, más admirado y más envidiado que los Estados Unidos de Norteamérica en aquella hora de triunfo?

Europa, tres años después: Las paredes públicas aparecen tapizadas con el famoso letrero "*Yankee, go home!*"

Los Estados Unidos seguían siendo el país más rico, más poderoso y más envidiado de la Tierra, pero ya habían dejado de ser el país más admirado.

Época actual: los Estados Unidos ya no son el país más poderoso ni el más envidiado ni mucho menos el más admirado del mundo. Siguen siendo el país más rico, pero hay probabilidades de que aún esta posición se les vaya de las manos en los decenios próximos.

Es difícil comprender cómo se ha producido esta violenta caída sin paralelo histórico. Buscar la razón entre los propios norteamericanos es una tarea estéril. "Envidias", "intrigas del comunismo internacional", etc., son las respuestas más frecuentes, si no es que el interpeorado reacciona remangándose los puños de la camisa y retando al que osa insinuar que los Estados Unidos ya no son el país omnipotente de quince años atrás.

Los norteamericanos tienen una notable falta de voluntad para aceptar la responsabilidad de sus propios actos. Imposible hacerles entender que atrás de los letreros de "*Yankee, go home!*" estaba la indignación de los europeos, impotentes para evitar que sus mujeres fueran prostituidas por el liberador opulento, que capitalizaba su hambre para corrom-

perlas y todavía se consideraba un benefactor.

En México, los norteamericanos están desconcertados. "¿Por qué no nos quieren ustedes?", dijo uno de ellos. "Hace diez años que vivo aquí. *I love Mexico*. Trato de cumplir con las leyes del país. Soy un fanático de las enchiladas y el tequila. Trato muy bien a mi criada, y hasta le pago trescientos pesos mensuales en vez de los ciento cincuenta que le pagaría una familia mexicana. ¿Qué quieren ustedes?"

Y el norteamericano rió cuando este reportero le dijo que queremos yanquis que no se autoconcedan privilegios especiales por tener la ciudadanía que tienen, aunque no les gusten las enchiladas ni el tequila. Gente que no se enorgullezca de pagar trescientos pesos mensuales a un ser humano, tan sólo porque hay mexicanos que pagan únicamente ciento cincuenta.

Ningún país del mundo ha sido víctima de mayores agravios por parte de los norteamericanos que México. Pero aún con esta limitación, en México se les tenía cierta medida de aprecio. Aprecio negativo o relativo, quizá, pero el mexicano demostró en varias ocasiones su nobleza al mostrar a los yanquis un odio infinitamente menor que, digamos, el que sienten los surianos por el norteño que los explotó tras la derrota de la guerra civil del siglo pasado.

En 1947 ocurrió un caso que tal vez pruebe lo anterior. Cierta día se estrelló cerca de la ciudad de México un DC3 norteamericano de los que participaban en la campaña contra la aftosa. Varias patrullas salieron en busca de las víctimas, y la primera en llegar fue una integrada por norteamericanos. Al llegar destacaron en torno a los restos del avión —con esa fabulosa falta de sensibilidad que padecen— un retén de soldados yanquis uniformados y armados.

Tiempo después llegó un grupo de periodistas mexicanos. Los soldados les impidieron acercarse. La noticia se publicó con el despliegue merecido, y pronto se formaron en las inmediaciones de la calle de Bucareli varios grupos de ciudadanos indignados que, muy pronto, tu-

vieron la idea de ir a incendiar o apedrear la embajada norteamericana.

La policía estuvo lista para evitar el incidente. Pero no intervino, directamente, al menos. Varios individuos con tipo de agentes secretos empezaron a repartir montones de volantes con la leyenda siguiente: "¡Muera el imperialismo yanqui! ¡Acabemos con los opresores de México! ¡Adhiérase Ud. al Partido Comunista Mexicano!"

La muchedumbre se dispersó, maldiciendo por igual a yanquis y a comunistas. ¿Fueron aquellos volantes una maniobra de nuestras maquiavélicas autoridades? Sea como haya sido, huelga decir que aquellos volantes difícilmente volverían a tener el mismo efecto hoy en día.

Trate alguien de decir esto a un norteamericano, y verá cómo éste se rehusa a creerlo, contradiciendo hasta sus propias quejas de que "los mexicanos no lo quieren".

Pero en fin, pedir a un país que reconozca ante un extraño sus propios errores es pedir demasiado. Especialmente ante un mexicano, el ser más incomprendible del mundo para los norteamericanos que ven con los ojos de sus prejuicios. Prejuicios tan indestructibles que muchos yanquis residentes en nuestra capital desde hace treinta años siguen diciendo que la raíz de nuestros males sociales es la siesta. Treinta años no les han bastado para convencerse de que en la capital no dormimos siesta. ¿Es posible pedir que comprendan un hecho menos palpable?

Sin embargo, entre ellos mismos, algunos norteamericanos se dicen que "la gente no los quiere" porque son un país en decadencia.

Abundan los signos factibles de ser interpretados como señal de decadencia en E.U.: el gran tiraje que tienen las novelas de lesbianas y homosexuales... la fabulosa estupidez de su periodismo... la frecuencia con que niñas de doce años matan a sus padres y a sus hermanos... el desenfreno sexual... el abundante uso de drogas y marihuana entre los estudiantes de secundaria...

Los norteamericanos gustan de comparar a su país con Roma. Algunos intelectuales, cuando la plática se desvía de los tópicos habituales como el beisbol, los viajes, los negocios y las fiestas, llegan frecuentemente a esta conclusión: "Somos una Roma decadente, madura para recibir la invasión de los bárbaros." Los bárbaros somos los latinoamericanos y los demás pueblos hambrientos de la Tierra. Aunque no lo reconoczan en voz alta, los norteamericanos nos tienen miedo.

El miedo es otra de las características de la actual sociedad norteamericana.

El miedo echó raíces en el ánimo norteamericano con la puesta en órbita del Sputnik I. La respuesta de los dirigentes norteamericanos a este estímulo fue equiparable en su decadencia al nombramiento de cónsul que recibió el caballo de Calígula:

Sherman Adams, corrompido secretario de la Presidencia de Eisenhower, declaró que el satélite representaba apenas "otro pase en el partido de basket-ball del espacio cósmico".

Un almirante de mucha influencia dijo que el Sputnik I era "una bola de fierro" que no debería preocupar al país.

El ex secretario de Defensa Charles Wilson había definido a la investigación



Sólo la fuerza bruta

científica pura como "lo que hace uno cuando no sabe lo que está haciendo".

La revista *Time* hizo un esfuerzo tan desafortunado para restar importancia a la hazaña soviética que un cómico la comentó: "Sí, los rusos tienen su satélite, pero los remaches que le pusieron están muy mal alineados. Además, ¿cuánto gana un remachador ruso y cuanto gana un remachador nuestro?"

Desde luego, las intervenciones de este tipo no lograron aligerar completamente el miedo. En cambio, acrecentaron la vergüenza subconsciente que agobia hoy a los norteamericanos. ¿Qué bravucón que se ha pasado la vida jactándose de su poder no se siente avergonzado cuando la gente lo ve con un ojo de cotorra? Y las intervenciones de los dirigentes hicieron que la vergüenza fuera doble.

En los últimos tiempos, el norteamericano ha tenido múltiples ocasiones para sentirse avergonzado de sus dirigentes. La incapacidad para competir dignamente con los soviéticos en la carrera del espacio, la inferioridad militar ante el enemigo, la hasta hace poco inconcebible debilidad del dólar, el bochorno del U2, el monumental ridículo de la intervención en Cuba y, sobre todo, la indecisión oficial, han sido motivos más que suficientes para que los norteamericanos se sientan avergonzados de sí.

En resumen: los norteamericanos presienten, aunque no lo reconozcan en voz alta, que su país está declinando. No reconocen que la declinación sea producto de sus propios errores, pero íntimamente se les ha desarrollado un sentimiento de vergüenza.

Cuesta trabajo creer, viendo la enormidad de recursos que todavía tienen los norteamericanos, que los Estados Unidos estén en un período de decadencia suficientemente marcado como para hundirlos hasta la capa más baja de las sociedades humana —aunque, si en algún país llega a producirse una decadencia tan acelerada, ese país pueden serlo los Estados Unidos. Pero no conviene hacer diagnósticos tan apresurados. En todo caso, la acción de la decadencia debe traer aparejada una reacción.

La vergüenza, dicen los teóricos, es un sentimiento revolucionario. En Estados Unidos, pues, existen gérmenes de revolución. Los grupos de izquierda tienen una influencia casi nula en los Estados Unidos y el signo que los distingue es el oportunismo. Basta señalar que Arthur Schlesinger Jr., reputado como caudillo de la "extrema izquierda" norteamericana, fue el principal ideólogo y uno de los partidarios más entusiastas de la reciente aventura intervencionista de Cuba. Es difícil que individuos de esa clase puedan encabezar un movimiento revolucionario.

Queda la derecha, con fuertes raíces en la tradición histórica norteamericana y con recursos económicos casi inagotables para desarrollar sus actividades. A continuación se hablará de la derecha norteamericana.

## II

### LA HORA DE MCCARTHY

La derecha norteamericana ocupó los primerísimos planos de la sociedad norteamericana con el ascenso de macartismo. Conviene recordar cómo fue todo aquello.



Quieren pelear

Joseph Raymond McCarthy era un oscuro senador republicano por Wisconsin. Se le apodaba "The Pepsi-Cola Kid" como resultado de un escandallito político en el que se le probó a medias que la embotelladora le había proporcionado fondos para su campaña. El 9 de febrero de 1950 pronunció el discurso que lo lanzaría a la notoriedad mundial. Hablaba ante el Club de Mujeres Republicanas de Wheeling, poblacho del Estado de West Virginia, y dijo:

"Tengo en mis manos una lista de nombres de doscientos cinco individuos cuya militancia en el Partido Comunista es conocida por el secretario de Estado, y que sin embargo siguen trabajando y contribuyen a elaborar la política del Departamento de Estado."

Inicialmente los periódicos acogieron las palabras de McCarthy con la indiferencia habitual que se concede a los senardocillos ansiosos de publicidad: aquí diez líneas, allá cinco, un cuarto de columna interior más allá, y en la mayoría de los periódicos ni una sola línea.

El senador persistió en su denuncia. Días más tarde habló en Salt Lake City y en Reno, Nevada, para afirmar que tenía los nombres de 57 comunistas infiltrados en el Departamento de Estado. Tampoco en esta ocasión le hicieron mucho caso los periódicos. Sin embargo, los legisladores demócratas se enfurecieron por el ataque a su correligionario Harry S. Truman, y retaron a McCarthy a que probara sus acusaciones o se callara la boca. McCarthy dijo que con mucho gusto los complacería, y para entonces la lista de infiltrados ya no constaba de 205 ni de 57 nombres, sino de 81. En una sesión del Senado que tuvo lugar el 20 de febrero, McCarthy hizo una curiosa relación de 79 "comunistas infiltrados".

Y ni siquiera citó nombres para la mayoría de los "casos". Cuando lo hizo cometió errores de ópera bufa. Uno de los "infiltrados" resultó ser un empleado al que casualmente acababan de despedir porque su fanatismo anticomunista podría ser hasta perjudicial para el gobierno norteamericano. Otro ni siquiera tenía ideas políticas, pero se le sospechaban inclinaciones homosexuales y, dijo McCarthy, un hombre así resulta demasiado vulnerable al chantaje de los espías comunistas. De otro "infiltrado", dijo el

senador, "en su archivo personal no hay documentos para probar que no es comunista".

En aquella memorable sesión McCarthy no pudo probar la culpabilidad comunista de ninguno de sus acusados. Durante los cinco años siguientes, en los cuales denunció a millares de individuos, McCarthy jamás demostró la culpabilidad comunista de uno solo de sus acusados. Un autor de tragicomedias vacilaría antes de escribir algo tan grotesco como fue la realidad macartiana.

Algunos comentaristas reprocharon a McCarthy su falta de seriedad. Éste se defendió siempre diciendo que los traidores sustraían de los archivos todo documento comprometedor, que Estados Unidos eran víctima de una conspiración encabezada por el propio presidente Truman, etc., etc.

McCarthy comenzó a hacerse de fama. Trágicamente, la gente le creía. Ocurría que los norteamericanos comenzaban a perder la confianza ilimitada en sí mismos que antes los caracterizó. Sabían que Rusia poseía el secreto de la atómica y tenían miedo de que el arma de Hiroshima y Nagasaki fuera su Frankenstein.

Las conciencias turbias son las primeras en asustarse, y muy pronto los petroleros de Texas, encabezado por el asiduo turista de Cozumel, Clint Murchison, vieron en McCarthy al cruzado que les hacía falta para defender su causa. La hasta entonces frágil notoriedad de McCarthy se hubiera desvanecido a no ser por los grandes recursos económicos que Murchison y socios pusieron a disposición de McCarthy.

También se acercaban ya las elecciones presidenciales. Dwight D. Eisenhower no tuvo escrúpulos en valerse de McCarthy como orador, para conseguirle votos con sus discursos en que calificaba de "traidor" al presidente Truman. Lejos estuvo el general de imaginarse que, con el tiempo, McCarthy se convertiría en un peligro para el mismo presidente de los E.U.

Las elecciones de 1952 colocaron a McCarthy a la cabeza del infamante Comité Investigador de Actividades Antinorteamericanas. Comenzó por acusar de traidor al general George C. Marshall (el del plan), y aplicó el mismo calificativo a intelectuales como Archibald McLeish

y Bernard DeVoto. La cacería de brujas cayó entonces sobre los periodistas del liberal *The New York Times*; aun la conservadora revista *Time* fue censurada por el inquisidor. Más tarde llegó su turno a los educadores, encabezados por el rector de la Universidad de Harvard, doctor Nathan Pusey, quien fue calificado de "antianticomunista rabioso".

Eisenhower mismo fue atacado después, y el presidente no tuvo valor para pronunciarse contra el demagogo. McCarthy era el omnipotente monopolizador de la Verdad. En su osadía rugió que



May '48

—The New Republic

muchos clérigos protestantes eran agentes del comunismo internacional. McCarthy pudo haber seguido adelante con su campaña si no hubiera cometido el error fatal de lanzarse contra las fuerzas armadas, institución que, junto con la formada por los magnates de las finanzas, constituye el sector intocable de la sociedad norteamericana.

El Comité Investigador de Actividades Antinorteamericanas estaba integrado por una colección de delatores profesionales, anticomunistas chiflados y algunos buró-



—The New Republic

"A ése déjalo ir; dice que no quiere ser igual a mí."

cratas mediocres. Los principales "executives" eran dos jovencitos de astucia satánica llamados Roy M. Cohn y G. David Schine, que pronto se hicieron famosos por sus actitudes y su apariencia de homosexuales; varios reporteros europeos juran haber visto a Schine persiguiendo a Cohn, en el corredor de su hotel en Roma, tratando de picarlo con un rollo de revistas. Se murmuraba hasta del mismo McCarthy, pero las murmuraciones cesaron cuando, en 1953, contrajo primeras nupcias con Miss Jean F. Kerr, su fea secretaria.

McCarthy tenía noticias de que un dentista militar de pasado rojillo, Irving Peress, había sido ascendido al grado de mayor, a pesar de sus antecedentes. Los militares sospecharon que se preparaba una investigación en contra de ellos. Súbitamente, G. David Schine fue llamado a prestar servicio militar, como recluta, en Fort Dix, New Jersey.

Solitario, Cohn cayó presa de la histeria. Movié influencias para que al menos le dieran grado de oficial a su amigo, o para que lo trasladaran a una guarnición donde ambos pudieran verse con mayor frecuencia. Más tarde amenazó a varios oficiales con "hundir al ejército" si no daban un trato más suave a Schine.

Todo fue inútil. Las fuerzas armadas ya estaban decididas a luchar por sus fueros, e inclusive hicieron que se "filtrara" a los periodistas un informe en el que se acusaba a Schine de haber tratado de sobornar a un oficial para conseguir una licencia, así como de exhibir entre los reclutas "actitudes impropias de un soldado".

Soberbio escándalo periodístico, y la televisión estuvo transmitiendo durante varios días el pleito "McCarthy Vs. Fuerzas Armadas". El escenario fue una sala del senado norteamericano. La función terminó como terminaron todas las de McCarthy: no se probó ninguna infiltración comunista. McCarthy perdió la cabeza en varias ocasiones, y así se exhibió a sí mismo, ante toda la nación, como un desequilibrado.

Pero, si el adversario no hubiera sido el ejército, seguramente que todo esto no hubiera bastado para acabar con McCarthy. Pero sí fue el ejército. De pronto, Eisenhower hizo declaraciones en contra del demagogo. Los senadores, que durante cinco años toleraron cobardemente a su colega, de pronto resolvieron iniciarle una investigación, y al final declararon que la actitud de McCarthy resultaba "poco digna de un miembro del Senado de los Estados Unidos de América".

El medio centenar de reporteros y fotógrafos que durante años siguieron todos los pasos del inquisidor volvió de pronto a la tranquilidad de las redacciones. McCarthy quedó solo. Semanas después ya había dejado de ser noticia.

El 2 de mayo de 1957, el hombre que enlodó a millares de ciudadanos murió impune y tranquilamente, víctima de una enfermedad del hígado.

## III

## LOS "NUEVOS CONSERVADORES"

Y claro, el espíritu de McCarthy no murió con él. McCarthy no fue sino la personificación del miedo norteamericano; fue simple efecto, y las causas, que no han desaparecido, siguen produciendo efectos del mismo género.

Es asombrosa la forma como los norteamericanos tienen ahora miedo hasta de sí mismos. Hace algunos años se realizó una encuesta de opinión entre varios millares de universitarios. Se les presentó una lista de ideas y frases sobre la libertad, tomadas textualmente de la declaración norteamericana de independencia, pero sin revelarles la fuente. La mayoría de los entrevistados opinaron que gran parte de aquellas frases y aquellas ideas tenían carácter subversivo.

Miles y miles de universitarios norteamericanos son hoy día miembros de un sinnúmero de agrupaciones reaccionarias que han surgido en los últimos tiempos por todo el país. "Nos estamos yendo al abismo", es una frase que aparece en todos los discursos. Estos jóvenes están avergonzados del triste papel que ha representado su patria en los últimos años. Quieren pelear. Son revolucionarios de derecha.

Entre los adultos derechistas hay también indignación. Los más combativos se agrupan en los Consejos de Ciudadanos Blancos, nueva versión del Ku Klux Klan; en la asociación "Hijas de la Revolución Americana", en la Legión Americana y otras asociaciones por el estilo. Se habla de la inoperancia del sistema parlamentario. Hay grupitos que piden abiertamente un dictador, e inclusive uno de ellos tiene como inspiración a Fidel Castro — junto con Hitler y Nasser. Ha surgido hasta un grupo negro, llamado de "los musulmanes", que predica la supremacía racial negra y presenta al negro como nuevo Herrenvolk.

Estas fuerzas vienen operando en forma un tanto errática. Pero ya se observan signos de unificación.

Los principales cabecillas de la derecha son el senador republicano de Arizona, Barry Goldwater, Robert Welch, jefe de la siniestra "Sociedad John Birch", y William F. Buckley, de 32 años, hijo de un millonario petrolero y director de la revista *National Review*.

Goldwater es un cowboy que se esfuerza por vestirse y actuar como respetable socio conservador de un aristocrático club londinense. Con sus ademanes apacibles logra dar el efecto de gran serenidad. Emplea frases suaves para ensalzar las tradiciones que, según él, constituyen la esencia del "americanismo": la segregación



—The New Republic

racial, la hostilización a los sindicatos, el empleo de "marines" para defender los intereses comerciales de E.U. en el extranjero. Y se las ingenia para mezclar sus monstruosidades con exhortaciones a la virtud, al ahorro, a la religión, a la caridad, etc.

Un reportero dibujó la filosofía de Goldwater en la siguiente forma: "Es uno de esos caballeros que saben mostrarse generosos dando cinco centavos de propina al bolerito que acaba de lustrarles el calzado, pero que, si no les da las gracias muy respetuosamente, son capaces de tirarle los dientes de una patada para enseñarle buenos modales."

Goldwater se perfila como seguro candidato del "nuevo conservadorismo" en las elecciones presidenciales de 1964.

Robertt Welch, el sexagenario caudillo de la "Sociedad John Birch", es un viejo chiflado que, después de amasar una gran fortuna en el comercio y la fabricación de dulces, en Boston, se puso a escribir libros anticomunistas. En uno de ellos afirma que el ex presidente Eisenhower fue "instrumento consciente de la conspiración comunista".

La sociedad posee grupos de choque para intimidar a quien se le oponga. Un dirigente afirma que tiene organizadas secciones en 34 de los 50 Estados norteamericanos, y que el número de miembros, una vez terminada la actual campaña de reclutamiento, ascenderá a ... 100 000. El senador Kenneth B. Keating, de Nueva York, dice que los "bircheros" tienen un ingreso potencial de 18 millones de dólares anuales. Algunos de los miembros conocidos —la mayoría son secretos— de la Sociedad John Birch son el general texano Edwin A. Walker, comandante de la 24a. división de infantería, con asiento en Alemania; el general de origen hispano Pedro del Valle, el general Bonner Feller y Clarence Mannon, ex decano de la Universidad de Notre Dame.

John Birch, quien dio su nombre a la sociedad, fue un hijo de misioneros protestantes que nació en la India y de pequeño se trasladó al Estado de Georgia, donde nacieron sus padres. Tuvo fama de fanático hasta en la Universidad bautista de Mercer, donde estudió con dedicación puritana y organizó un grupo estudiantil que armó escándalos por la desviación teológica de un profesor que exponía la teoría de la evolución.

Birch marchó después a China, como misionero, y durante la pasada guerra combinó sus actividades religiosas con el

espionaje. Se distinguió por su bravura y por haber rendido valiosos informes a su patria. Dirigió la construcción de aeropuertos clandestinos en pleno territorio enemigo. Tras la derrota japonesa permaneció en China, vigilando los avances



—The New Republic  
"Malicia en el País de las Maravillas"

comunistas. En el curso de una misión de espionaje fue aprehendido por una patrulla comunista, cuando todavía gobernaba Chiang Kai Shek. Birch increpó violentamente al oficial chino que tuvo la osadía de interceptarlo, y los comunistas lo mataron a bayonetazos. Por su celo personal, Birch se ha convertido en símbolo de los derechistas.

Los métodos fascistas de la Sociedad John Birch, como los grupos de choque, la hacen presa legal para una investigación del Comité de Actividades Antinorteamericanas. Hace poco se habló de hacer esta investigación. Pero el senador Goldwater declaró que no se llevaría a cabo "porque un número sorprendente de legisladores son miembros secretos de la Sociedad John Birch". Desde luego, añadió Goldwater, los "bircheros" forman "un grupo verdaderamente impresionante... Son la clase de gente que necesitamos en nuestro ambiente político". Huelga decir que Goldwater es el candidato de los bircheros a las elecciones presidenciales de 1964, ya sea que lo postule el Partido Republicano o algún partido nuevo.

William F. Buckley, el millonario "joven intelectual anticomunista" más famoso de los Estados Unidos, es la tercera vedette de la derecha norteamericana actual. En *National Review*, la revista que dirige, colaboran el perfumado Whitaker Chambers, decano de los comunistas arrepentidos; J. B. Matthews, también ex comunista y soplón profesional número uno; varios intelectuales de medio pelo, como Max Eastman, y una lista de ex agentes del F.B.I., como Daniel Smoot. A pesar de todo esto, *National Review* es la revista reaccionaria más inteligente de E.U., bastante inteligente, la verdad, para ser revista reaccionaria.

*National Review* opina que, si bien semianalfabeto, Joe McCarthy fue un héroe incomprendido. Para dicha revista el primer móvil de la historia son las conspiraciones. Sólo la fuerza bruta es capaz de detener la conspiración comunista.

Buckley se distingue de Goldwater y de Welch en que parece estar dispuesto a empeñar personalmente el rifle, mientras que los otros dos apenas accederían a dar dinero para que otros combatieran por ellos. Buckley es el héroe de los universitarios derechistas, entre los cuales hay también muchos dispuestos a combatir personalmente. Llegarán a convertirse en el núcleo de unas nuevas S. A.? En tal caso Buckley, con su tipo y sus vestidos de publicista de éxito y con su mirada en la que hay un dejo del cinismo propio de un cantinero de hotel elegante, sería su jefe más indicado.

Pero en fin, el futuro del "nuevo conservadorismo" se ve en puras incógnitas. La fuerza de los nuevos grupo fascistoide puede apreciarse por el hecho de que John F. Kennedy se creyó obligado a dar explicaciones personales a Barry Goldwater por su fracaso intervencionista de Cuba; los otros personajes que recibieron explicaciones personales fueron Eisenhower, Nixon y Truman, nada más.

Hay un fuerte descontento por la actual organización política norteamericana. El que Kennedy haya solicitado a los periodistas que se autocensuren revela la profundidad de la revisión que están sufriendo los viejos principios norteamericanos.

Hitler y Mussolini empezaron con mucho menos que Goldwater, Welch y Buckley. Inversamente algunos empezaron con mucho más, y no llegaron a ninguna parte. Pero en México, por la trascendencia que puede tener, no podemos darnos el lujo de desentendernos de el "nuevo conservadorismo" norteamericano.



"¡Soplón, traidor!"



"?"



"¡Comunista!"